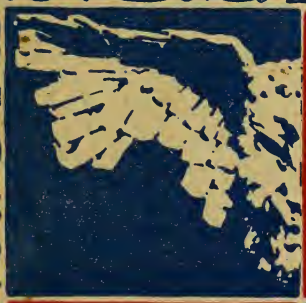
A. DUMAS «Padre»

CATALINA HOWARD

Drama en ocho actos.

1951



CATALINA HOWAR

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO POPULAR.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

A. DUMAS «Padre»

CATALINA HOWARD

Drama en ocho actos.

Traducido y arreglado al español por

MAGNOLIO JUAREZ

Representado por primera vez en el Teatro de Torrejoncillo (Córdoba), el día 6 de Enero de 1912

BIBLIOTECA
TEATRO POPULAR,
BARCELONA

REPARTO

Personajes	Actores
ENRIQUE VIII, REY DE INGLATERRA . .	Sr. Marcet (F.)
ETHELWOOD, DUQUE DE DIERHAM . .	» Marcet.
EL CONDE DE SUSSEX	» Marsans.
SIR JHON SCOTT DE THIRLSTANE . . .	» Carreras.
ARZOBISPO DE CANTORBERY	» Jerez.
JACOBO FLEMING	» Borrás.
LORD CHAMBELÁN.	» Rodríguez.
EL PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE LOS PARES.	» Povedano.
EL DUQUE DE NORFOLK	» Ramírez.
EL VERDUGO	» Fernández.
UN UJIER	» Ferrandiz.
EL DUQUE DE ROKEBY	» Girón.
EL DUQUE DE OXFORT	» Montesino.
CATALINA HOWARD	Sra. Sagués.
LA PRINCESA MARGARITA	» Rovira.
UN PREGONERO	Sr. N. N.

Nobles, Miembros de la Cámara de los Pares, Pajes del rey, Señores, Guardia real, Señores escoceses de la corte de Jacobo V, Capitán de la guardia y Pueblo.

La acción en Inglaterra en el año 1542.

ACTO PRIMERO

Sala de recepción en el palacio de White-Hall.

ESCENA PRIMERA

LORD CHAMBELÁN, DUQUE DE NORFOLK y EL OBISPO DE CANTORBERY.

NORFOLK ¿De modo, señor Obispo, que no son mejores las noticias que podéis darnos de Roma, de las que yo puedo satisfacer a vuestras preguntas respecto de la Escocia?

OBISPO Así es en efecto. Diez y nueve prelados y veinticinco doctores acaban de proclamar la nulidad de la dominación del soberano pontífice romano, no reconociendo otro jefe espiritual dentro de su Estado, que el rey Enrique VIII de Inglaterra.

NORFOLK Decididamente, los rayos del Vaticano se estrellarán ante las gradas del trono.

OBISPO Sabe Dios solamente los acontecimientos que se preparan.

CHAMBE. Vos debéis saberlo precisamente, ya que se os destina para sostener la excomunión fulminada por la corte pontificia. Pablo III, al daros tal misión, olvidó que con ella iba involucrada la declaración de guerra.

NORFOLK Silencio, la princesa Margarita viene hacia aquí.

669274

OBISPO ¿Quién es ese noble que la acompaña?
NORFOLK El conde Sussex, que viene a ocupar en la Alta Cámara el sitio que le corresponde por fallecimiento de su padre.

ESCENA II

Dichos, EL CONDE DE SUSSEX y MARGARITA.

MARGARI. Efectivamente, reconozco que no tenéis mala memoria; era de la misma tela que el mío, el vestido de la duquesa de Rokeby.
SUSSEX Siento que fuera esta prenda de amistad como decís, pues ni los señores D'Oxford y de Guisa opinaban como yo que pudiera ser duradera tal amistad.
MARGARI. ¿Es que tratáis de indisponernos con Francia?
SUSSEX Alguien hay que opina que no se hará esperar el disgusto. Y no olvidéis que un antiguo proverbio asegura que siempre que se hallan desnudas dos espadas en nuestra isla, se halla vacía una de las vainas del conde de Sussex.
OBISPO Efectivamente.
SUSSEX Y añado, que a no haberme hallado ausente, en el proceso de Ana Bolena lo habría recordado.
OBISPO ¿Qué? ¿Pretendéis significar que la habríais esgrimido en su favor?
SUSSEX Ciertamente, empezando su defensa con mi palabra en el Parlamento.
OBISPO El rey, como a mí, os habría impuesto silencio.
SUSSEX Para tal caso estaba mi espada.
MARGARI. Milord, me permito recordaros que se trata del rey, y que soy su hermana.
SUSSEX Perdonad, creí que estaba distraída vuestra atención.
MARGARI. Y en efecto lo estaba, pues perdí toda esperanza al trono de Inglaterra.

ESCENA III

Dichos, UN UJIER; luego ETHELWOOD.

UJIER (Anunciando.) Milord Ethelwood, duque de Dierham.

SUSSEX Llegáis oportunamente, milord, pues necesito de vuestro auxilio en una causa que acabo de perder ante el tribunal de su alteza.

ETHEL. Siento deciros que poco puedo hacer por vos, cuando me veo obligado a implorar gracia para mí mismo. Pues si bien puedo aun ofrecer mis homenajes a su gracia, creo llegué tarde para ponerme a los pies de su alteza.

MARGARI. Es a veces más excusable la ausencia que la presencia; aquella sólo lleva a veces aparejado el olvido.

ETHEL. No me acuséis de las faltas en que he incurrido, tal vez a pesar mío. Los enviados de Escocia y el acompañamiento que les rodea me han detenido a la puerta de palacio.

SUSSEX ¿Qué es lo qué decís?

ETHEL. La verdad, milord; allí están aguardando su gracia.

UJIER ¡El rey!

ESCENA IV

Dichos y ENRIQUE; luego FLEMING.

ENRIQUE Señores, ¿no llegan a vuestros oídos la marcha guerrera y los gritos escoceses en la plaza de palacio?

SUSSEX Algunas veces percibieron ellos también la de los clarines ingleses en la plaza de Stirling.

ENRIQUE Decís verdad, pero su música es capaz

de levantar a los difuntos de sus sepulcros.. Mirad a mi viejo alquimista Fleming salir preocupado de su laboratorio, preguntando si éste es el toque del juicio final.

FLEMING ¡Señor!... (Saliendo de la izquierda.)

ENRIQUE No te asustes, mi querido viejo; los chillidos del zorro escocés no amedrentan al león de Inglaterra. Que entren estos miserables vaqueros. Margarita, ¿vos aquí?

MARGARI. Sí, había venido a veros, pero mi presencia, ante una audiencia diplomática, ya comprenderéis que...

ENRIQUE Habéis olvidado, princesa, que podría darse el caso de sucederme en el trono.

MARGARI. El Señor procurará que no suceda tal.

ENRIQUE Conde de Sussex, acompañad a la princesa, y nuevamente os aguardo. (Sussex lo hace; desaparece con la princesa.)

ESCENA V

ENRIQUE, EL OBISPO; luego DUQUE DE NORFOLK y SIR SCOTT.

NORFOLK Sir Scott de Thirlstane, enviado del rey de Escocia, pide ser introducido a vuestra presencia.

ENRIQUE Que entre. (Aparece Scott.) Sir Scott, no en valde os distinguiera con vuestro mote. Siempre pronto.

SCOTT Y mucho más al tratarse de mi rey y de mi patria.

ENRIQUE Sé que sois un leal y valiente servidor, y supongo que el mensaje no me será menos grato que el mensajero. Creo, pues, que venís a anunciarme la sumisión de mi sobrino.

SCOTT Como no ignoráis, señor, el rey de Escocia y sus vasallos, son católicos de alma y corazón desde el siglo tercio de la Igle-

sia, y el Vicario de Cristo, en Roma, será siempre reconocido en cuanto se refiera a lo espiritual.

ENRIQUE Mi determinación depende de vuestra contestación y de la que me daréis nuevamente.

SCOTT Con la mayor sumisión complaceré a vuestra gracia.

ENRIQUE Decidme categóricamente si mi sobrino Jacobo está dispuesto a prestarme homenaje por la corona de Escocia, como desde el año 900 lo hicieron sus antepasados. El pueblo de Escocia debe prestar homenaje a la nobleza, ésta a su rey, el rey de Escocia al de Inglaterra, y éste a Dios.

SCOTT Siento en el alma que mi contestación no se ajuste a los deseos de vuestra gracia. El homenaje prestado por los antiguos reyes, se refería solamente a las tierras que poseían en territorio inglés. Igual que los reyes de Inglaterra lo prestan a Francia por los territorios de Guisa y Normandía.

ENRIQUE De vuestras palabras se desprende la negativa de mi sobrino en reconocer mi soberanía.

SCOTT En efecto.

ENRIQUE ¿Sin medir las consecuencias?

SCOTT Seguramente lo hizo, y las acepta. Los reyes de Escocia ponen su mano a la espada antes que nadie las ponga en su corona.

ENRIQUE (Levantándose.) Acepto vuestras palabras, Sir Scott; me fatiga un homenaje interrumpido cuantas veces se ha prestado. Dos cabezas son demasiado para un reino. Abierta ya la lucha, que el Dios de los ejércitos disponga si el rey debe llamarse Jacobo V o Enrique VIII. Tened entendido que por bien templada que esté su armadura, mi acero penetrará en su

corazón, arrancándole de una vez la rebeldía que abriga.

SCOTT Destrozada su última aldea, mientras aliente uno de sus hijos, inútilmente trataréis de conseguir vuestro propósito. Recordad mi divisa, «Siempre pronto», por lo tanto, al apartarme de vuestro lado y al ocupar mi sitio frente de vuestros soldados, recordadlo, pues será mi pecho el primero que se opondrá al empuje de vuestras armas.

ENRIQUE Está bien; partid, pero no olvidéis que tienen los monarcas de Inglaterra otra divisa que oponer a la vuestra: «Dios y mi derecho». Señores, haced los honores al embajador de nuestro sobrino Jacobo V. Milord Ethelwood, tengo que hablaros. (Vase Scott con todos los cortesanos, menos Ethelwood.)

ESCENA VI

ENRIQUE y ETHELWOOD.

ENRIQUE (Tomando el brazo a Ethelwood.) ¿Qué os parece, milord, la obstinación de mi sobrino?

ETHEL. Que no es Sir Scott el más respetuoso de los embajadores, aunque sí el más conciso en sus palabras.

ENRIQUE Es un legendario escocés que no se apercibe que los tiempos de Roberto Bruce y Guillermo Wallace han pasado a la historia. Sin embargo, milord, no es esa desatentada guerra la que me roba el sosiego, no es esta la causa de mis desazones. Mi desdicha reconoce otro motivo.

ETHEL. ¿Desdichado vos? No comprendo. Hablad, señor.

ENRIQUE Quién dijera al último de mis vasallos que acaso envidio su suerte.

ETHEL. No comprendo.

ENRIQUE ¿Acaso basta un cetro y una corona? ¿Quién de mis súbditos no tiene una esposa y unos hijos en quien fundar cuanto anhela el cariño? Ya ves como soy yo más desgraciado. ¿Qué me resta de mis cuatro matrimonios? Solo el recuerdo de unos cortos días de felicidad y luego vergüenza y remordimientos.

ETHEL. Señor, ¿quién os asegura que un nuevo matrimonio no ha de proporcionaros lo que anhelais?

ENRIQUE Decís bien, es la última prueba que me resta; pero no he de ir en ésta, mi última tentativa, a elegir mi compañera ni en las cortes europeas ni en la morada de príncipe alguno. Un ministro hice sacándolo de la tabla de un carnicero, y de una fragua otro; bien sabré engendrar un príncipe en el seno de una vasalla.

ETHEL. ¿Y en qué país irá vuestra gracia a buscar tal portento?

ENRIQUE Creo, querido duque, que no tendré necesidad de poner el pie en el continente. En la misma orilla del Támesis, una sencilla lugareña.

ETHEL. ¡Del Támesis!

ENRIQUE Sí, puedo revelarte su nombre: Catalina Howard.

ETHEL. ¿Qué? ¡Catalina Howard!

ENRIQUE Comprendo tu sorpresa; en verdad que son bien obscuros sus nombres. Debo el descubrimiento a la vista de lince de mi alquimista. Acompañado por él llegué con una barquilla, y ocultando mi condición hasta su morada.

ETHEL. ¿Y la visteis?

ENRIQUE Sí; no sé porque en su vaga mirada se traslucía el alto destino que le reserva la suerte.

ETHEL. ¿Logró vuestra gracia dirigirle la palabra?

ENRIQUE No me fué posible, pues desapareció a adivinar nuestro intento. He querido, pues, hablaros, milord, porque juzgo inútil demorar la ejecución de mi plan, y os encargo a vos para que con las personas de séquito que creáis necesarias os encaminéis a buscarla, a fin de que entre a formar parte de las damas de honor de la princesa Margarita.

ETHEL. ¿Y acaso cree vuestra gracia suficiente el tiempo transcurrido entre el repudio de Ana de Cléves y el nuevo matrimonio?

ENRIQUE ¿Acaso fué mayor el mediado entre la ejecución de Ana Bolena y Juana Seymour?

ETHEL. Tres días, los precisos para darla sepultura.

ENRIQUE ¿Cuántas horas mediaron entre la desobediencia de Norris y su castigo con la pena capital?

ETHEL. Las que se necesitan para que Lord Canciller vaya de la torre de Londres al palacio de Greenwich.

ENRIQUE ¿Y cuántos segundos entre la sentencia y la ejecución?

ETHEL. Los indispensables para levantar la cuchilla el verdugo.

ENRIQUE Siendo así, nada debo añadiros respecto la historia de mi reinado. Permitidme que os abandone a fin de que la mediteis. (Vase.)

ESCENA VII

ETHELWOOD; luego FLEMING.

ETHEL. No hay remedio. ¡Fleming! (Llamando a la puerta del alquimista.)

FLEMING (Aparece.) ¿Quién me llama?

ETHEL. Un cristiano que necesita de ti.

FLEMING ¿En qué puedo serviros, milord?
ETHEL. Escucha. Acabo de hablar con el rey...
FLEMING Que Dios guarde.
ETHEL. Enterándome de cuánto te interesan sus deseos.
FLEMING Verdaderamente a su disposición se halla mi corta ciencia.
ETHEL. ¡Tu ciencia! ¿Y acaso no te ha dicho que sus proyectos matrimoniales son imposibles?
FLEMING ¿Cómo, milord? ¿Imposibles, por qué?
ETHEL. ¡Porque Catalina!...
FLEMING Sí, acabad.
ETHEL. Es mi mujer.
FLEMING ¡Dios de Israel! ¡Estoy perdido!
ETHEL. Tú prometiste al monarca una joven bella y virtuosa, ¿crees tú que va a quedar satisfecho el monarca?
FLEMING Es preciso explicárselo todo, y perdonará.
ETHEL ¡Ah, no! Con tales revelaciones no evitaríamos que Catalina fuese nombrada dama de la princesa, y que a mí, su marido, se me mandara a guerrear con los escoceses. Eso, eso, Fleming, eso nunca.
FLEMING Perdonadme, milord.
ETHEL. ¡Desventurado! Tu imprudencia destruyó la ilusión de toda mi vida, poniendo en peligro tu cabeza.
FLEMING Esperad; tal vez se halle un medio conque podamos salvar ambas cosas.
ETHEL. Sólo hay uno. Escuchad: yo soy quien debe conducirla a palacio.
FLEMING ¿Cuándo?
ETHEL. Mañana mismo.
FLEMING ¡Mañana!
ETHEL. Sí, y es preciso que el rey no vuelva a verla.
FLEMING Es verdad, de lo contrario nuestra perdición es segura.
ETHEL. Pues bien, que muera esta misma noche.

FLEMING Yo procuraré un veneno eficaz.
ETHEL. ¡Ah, villano! ¿y eso crees?
FLEMING No os entiendo.
ETHEL. Su muerte ha de ser solo ante el rey, ante la corte, no ante mí, y ten presente que tu vida me responde de la suya. Yo quiero que tu ciencia me proporcione un narcótico que dé las apariencias de la muerte. Dime si te será posible complacerme.
FLEMING Os lo aseguro.
ETHEL. ¿Y me respondes?...
FLEMING Con mi vida.
ETHEL. Lo acepto. Yo te daré en cambio cuanto oro puedas ambicionar.
FLEMING Venid a mi laboratorio.
ETHEL. Va en ello tu cabeza.
FLEMING Está en vuestras manos.
ETHEL. Vamos, pues.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala de modesta apariencia; puerta al foro por la que se ve el campo y laterales. Una mesa con fruta, y a la izquierda un tocador con espejo.

ESCENA PRIMERA

CATALINA.

Todos los días lo mismo; mi vista se pierde en estos horizontes sin que nada altere su monotonía. ¿Vendrá Ethelwood esta noche? ¡Cuánto me ama! ¿Pero por qué me ocultará su jerarquía y sus títulos? ¿Es que desconfía de mí el hombre a quien entregué por entero mi corazón? ¿Por qué me tendrá sola, olvidada en este rincón, sin hacerme partícipe de sus honores? No hay duda que a su lado estoy destinada a morar en algun suntuoso palacio, a tener servidores que ante mí se inclinen. Este espejo (Mirándose en él.) me dice que debo producir la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres. (Aparece Ethelwood en la puerta que da frente al espejo.) ¡Ah, tú! ¡Amado mío! No te había visto. (Viéndole en el espejo.)

ESCENA II

CATALINA y ETHELWOOD.

ETHEL. Naturalmente, como que tus encantos te ocupaban con preferencia la atención.

CATALINA No creas ; si en algo los aprecio es para que repares en ellos.

ETHEL. ¡ Oh, sí ! sabe Dios cuanto los admiro.

CATALINA No entiendo ; diría cualquiera que no te satisface.

ETHEL. Y no se engañaría, por desgracia mía.

CATALINA ¿Y en esto la fundas? Al contrario ; si me hizo el cielo hermosa a tus ojos fué para ti solamente. Siéntate, quiero permanecer a tus pies. Eres mi caballero, mi duque, todo. ¿Qué título debo emplear?

ETHEL. Ninguno. Pues ninguno tengo.

CATALINA Oyeme : ¿y por qué no oí el galope de tu caballo?

ETHEL. Porque vine por el río con la barquilla de un pescador. ¡ Si tú supieras cuánto me interesa hoy no ser reconocido !

CATALINA ¿Por qué tanto misterio? ¿No podré saber algún día sus motivos? ¿Tan poderosos son?

ETHEL. Júzgalo tú misma, cuando ni a ti, que eres mi vida, los descubro.

CATALINA Pues entonces tú no me quieres.

ETHETL. ¡ Oh, no ! duda de todo, adorada Catalina, menos del inmenso cariño que siento por ti. Todo es tuyo, todo ; mi corazón te pertenece por entero, mi postrer aliento, mi última gota de sangre.

CATALINA ¡ Oh, sí, quiero creerte !

ETHEL. La idea de que pudieras pertenecer a otro, me enloquece.

CATALINA ¡ Oh, no, jamás ; tuya, tuya siempre. ¡ Pero tú palideces ! ¡ Arde tu frente !

ETHEL. Tal vez el cansancio, me abrasa la sed.

CATALINA Voy al momento. (Va a abrir una alacena y Ethelwood derrama en un vaso de agua unas gotas de un pomito que saca de su escarcela.)

ETHEL. (¡ Perdóname, Dios mío ! Es preciso.)

CATALINA Voy a ser tu copero. (Catalina echa agua al vaso que tiene Ethelwood.)

ETHEL. Gracias, Catalina.

CATALINA ¿Qué tienes? ¿El pulso te tiembla?
ETHEL. (La abraza.) ¡Ah, Catalina!... No, no es posible.
CATALINA No sé porque me parece que te embarga hoy la tristeza. Si pudiera distraerte; apartar de tu imaginación... ¿Quieres que te recite la canción de un antiguo rey de Inglaterra que se casó con una vasalla, con la bella Elisa?
ETHEL. ¿Qué? ¡con una vasalla! (Poco sabes el tormento que estas palabras representan para mí.)
CATALINA ¿Quieres? ¿Me escuchas?
ETHEL Sí, ya te escucho.
CATALINA Miraba el rey a Elisa, la pastora,
con el placer que inspira la pasión,
y el buen Ricardo, que leal la adora,
siente abrasar celoso el corazón.
Dícele el rey: Si quieres, bella Elisa,
que te acompañe por el prado yo,
verás un alma cándida y sumisa;
y le contesta la pastora: «No».
¿Ornada ver tu frente esplendorosa
quiere, tal vez, Elisa, tu ambición,
con la corona relumbrante, hermosa,
con que deslumbra al súbdito un barón?
¿Quieres, tal vez, llamarte baronesa,
y el homenaje recibir cual yo?
Habla por fin y el bajo estado cesa;
y le responde la pastora: «No».
¿Quieres brillar en medio mil rivales
que de despecho tú verás morir?
Ricos anillos llevarás ducales
y el oro bello que produce ofir.
Ninguno habrá que al contemplar tu suerte
no diga al punto: «¡Si esa fuera yo!»
Feliz serás duquesa hasta la muerte;
y le responde la pastora: «No».
No más, no más que una palabra sola,
dila, mi bien, y mi delicia harás;
pronuncia el sí que amor fino acrisola

y soberana para mi fe serás.
¿Quieres ser reina y poseer corona
y que mi corte te obedezca a ti
cual obedece a mi real persona?
Y le responde la pastora: «Sí».

ETHEL. ¿Y así terminaron los amores de la pastora?

CATALINA ¿Y no crees tú que difícilmente podían esperar otro final? ¿Acaso podía ambicionar algo más que escalar un trono, ser reina?

ETHEL. Pero dime: ¿por qué no habla la canción de la suerte que le cupo a Ricardo, su primer amante?

CATALINA Efectivamente, para nada lo menciona.

ETHEL. ¿Tan ingrato fué el corazón de su amada, que ni un recuerdo conservó para él, como injusto el cancionero que comete la misma ingratitud? Pero yo soy menos olvidadizo, y beberé a su memoria. (Toma el vaso para beber y se detiene antes de llegar a la boca.)

CATALINA ¿Qué te detiene? ¿No bebes?

ETHEL. Oyeme, Catalina. ¿He llevado yo alguna vez el vaso a mis labios sin que primero los tuyos hayan tocado el borde? Compláceme, pues, como siempre, mi bella Elisa, digo, no, mi Catalina; confieso que ha quedado grabado en mi imaginación el nombre de la ingrata protagonista de tu leyenda. A la memoria, pues, del infortunado amante. (Catalina bebe y luego Ethelwood le arrebata el vaso, arrojando el líquido que queda.) ¡Ah, Catalina, mi adorada Catalina! Era preciso. Perdóname.

CATALINA ¿Por qué?

ETHEL. No me restaba otro medio, era forzoso.

CATALINA No te comprendo, habla.

ETHEL. Nuestra perdición era segura, la separación eterna, y eso no es posible. ¡Catalina... palideces!...

CATALINA No sé qué extraño frío recorre mis ve-

nas. Un vahido... Se me nubla la vista... Desfallezco...

ETHEL. ¡Dios mío!

CATALINA ¡Arde mi frente!... ¡Oh, esto es la muerte!... ¡Sí... me ahogo!... ¡Ethelwood, amado mío!... ¡No me abandones... piedad!...

ETHEL. Nada temas.

CATALINA ¡Sí; yo muero!... ¡Qué triste es abandonar la vida!... ¡Oh... Ethel...wood!...

(Se desprende de Ethelwood y cae.)

ETHEL. ¡Qué! ¡Catalina! ¡Catalina de mi vida!... ¡Oh! ¡Ahora sí que juntos viviremos o una tumba se abrirá para los dos! (La abraza y desaparece por el foro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Panteón de los duques de Dierham. Puerta al foro. Tumbas con estatuas de damas y caballeros. En el proscenio, y a la izquierda, una tumba abierta, en la cual aparece echada Catalina. Detrás, una pila de agua bendita.

ESCENA PRIMERA

ETHELWOOD y luego ENRIQUE.

ETHEL. Bien cumplió su palabra el viejo alquimista. La apariencia de la muerte no puede ser más real. ¿Quién, al ver la palidez de este rostro, y al tocar su helado cuerpo, creerá que no se ha extinguido para siempre la vida? Yo mismo dudaría, a no tener completa confianza en la ciencia de Fleming. (La besa.) ¡Catalina!... ¿Será ilusión? Juraría que se extremeció al contacto de mis labios!... ¡Dios eterno, si llegara a volver en sí todo resultaría inútil! ¡Oh, no!... ¿Qué? ¿Quién penetra en el panteón? (Mira a la puerta y retrocede.) ¡Enrique! ¡el rey aquí! (Se inclina ante el cuerpo de Catalina.) ¡No despiertes, no despiertes aún; algunos momentos más, y no habrá ya en el mundo poder humano que nos separe!

ENRIQUE (Entrando.) ¿Estáis aquí duque?

ETHEL. Señor...

ENRIQUE ¿Dónde está Catalina?

ETHEL. Aquí, señor. (La señala.)

ENRIQUE (Se acerca a ella.) Ya la veo; gracias. Ethel-

wood, habéis cumplido como leal. Te agradezco el interés en hacerla depositar en el panteón de tu familia. ¡Desdichada joven, dentro de ocho días yo te juro que habrías reposado en el de Westminster. ¡De qué me sirve mi trono, mi esplendor! ¡Humíllate, Enrique VIII, poderoso rey! (Toma una mano de Catalina.) Todo se estrella ante el hielo de una tumba; ni poder comunicar el calor a una mano que retienes entre las tuyas.

ETHEL. (La toca.) (Respiro, aún está fría.)

ENRIQUE Cuando menos, lleva mi anillo real al sepulcro, ya que en vida a ti estaba destinado. (Se lo coloca.) ¿Qué no diera yo por animar este exánime cuerpo? ¿Por qué han de ser iguales en este mundo los destinos de los hombres? ¿Por qué la muerte ha de ver franqueada la puerta por un igual? Entre las testas coronadas y las rodillas que se doblan alguna diferencia debiera existir.

ETHEL. (¡Dios mío! la sangre empieza a circular en sus venas. Dentro poco volverá la vida.) Señor, observad que no es prudente prolongar vuestra presencia en este fúnebre recinto.

ENRIQUE Es verdad, pero no sé qué misteriosa fuerza me atrae a él, como si no me fuera posible separarme de esta tumba.

ETHEL. (¡Oh, vuelve en sí!) Señor, yo me atrevo a suplicaros que no turbéis por más tiempo la paz de los que aquí moran. Vamos, señor, vamos.

ENRIQUE Es cierto. ¡Adiós para siempre Catalina!

ETHEL. (¡Al fin!) (Vase con el rey y cierra las puertas con llave.)

ESCENA II

CATALINA.

(Pausa. Catalina levanta un brazo, que deja caer, y luego se va animando, según se indica.)

CATALINA ¡Qué sueño!... ¡Inútilmente trato de levantarme!... ¡Qué peso en mis párpados!... (Se pasa la mano por los ojos.) ¿Qué significa esta corona en mi frente?... ¿Es de noche aun?... ¿Qué es esto, Dios mío? ¡Si seré presa de una pesadilla!... ¡Qué frío siento! (Baja de la tumba.) ¿Qué, y estas gradas?... ¡Mármol, una lámpara y estas bóvedas! ¡Una tumba! ¡Un sudario!... ¡Sepulturas!... ¡Dios mío, protéjeme!... ¿Estaré condenada a morir en estas soledades?... ¡Oh, no, yo no quiero morir!... ¡Ah, sí... ya recuerdo! Sentí unos dolores... me desvanecí en brazos de Ethelwood. No hay duda, me enterraron en vida. ¡Esto es horrible!... Yo quiero salir de aquí... Esta puerta... está cerrada... ¡Oh, misericordia, Dios eterno! ¡Socorro!... ¡Nadie oirá mis voces!... ¡Apiádate de mí, cielo santo! (Se deja caer en las gradas.)

ESCENA III

CATALINA y ETHELWOOD. Vuelve a cerrar la puerta y se dirige a la tumba de Catalina.

ETHEL. ¡Vacía! ¿Qué es esto? (Viéndola.) ¡Catalina!

CATALINA ¡Ah! ¿eres tú? ¡Gracias, Dios mío! (Se arroja en sus brazos.) ¡Tú, mi salvador!

ETHEL. Yo, sí, Catalina.

CATALINA Pero a ver, dime lo que sucedió. ¿Cómo se explica mi presencia en este subterráneo?

ETHEL. Deja que te abrace nuevamente.

CATALINA Sí, y salgamos cuanto antes.

ETHEL. Ahora vives para mí solamente; nadie podrá disputarte a mi corazón. Deja que transcurran algunos momentos, Catalina.

CATALINA Tuya, sí, como siempre; pero dame la clave de este misterio que nos envuelve.

ETHEL. Sí, Catalina, todo lo sabrás; ha llegado el momento que no debo guardar secreto alguno a tu cariño.

CATALINA ¡Al fin!

ETHEL. Soy duque de Dierham.

CATALINA ¡Duque!

ETHEL. Marqués de Derby, par de Inglaterra y miembro de la Alta Cámara.

CATALINA Ocupas un sitio cerca del rey.

ETHEL. Sólo él me supera en nobleza y dignidades.

CATALINA ¿Y en tal caso voy a participar yo también?...

ETHEL. Al darte mi corazón todo te lo dí con él; cuanto me pertenece, cuanto valgo. Hasta mi vida.

CATALINA ¿Y me llevarás a la corte?

ETHEL. Escúchame un momento.

CATALINA Habla.

ETHEL. Sin duda habrás oído relatar los desenfrenos amorosos del rey.

CATALINA Algo llegó a mis oídos.

ETHEL. Pues óyeme. Desde el instante que te hice mía, una sospecha tenaz se aferró en mi corazón. La idea de descubrirte quién era y llevarte a la corte, presentando tu hermosura a la voracidad de Enrique VIII, que nada respeta, que nada considera sagrado como se oponga a su capricho, me horrorizó, y preferí ocultar mi felicidad, ocultándote a tu misma mi posición.

CATALINA Pero eso es una locura. ¿Quién te ha dicho que el rey?...

ETHEL. Desgraciadamente mis temores han tenido confirmación.

CATALINA ¿Qué?

ETHEL. Escúchame. El rey te vió al dar un paseo por el Támesis, y tu belleza encendió en su pecho una volcánica pasión.

CATALINA ¿Que el rey?...

ETHEL. Sí, te ama, Catalina.

CATALINA ¿A mí?

ETHEL. Así lo cree cuando menos. Ya comprenderás que esta malhadada pasión no podía hacer otra cosa que causar nuestra desgracia, si no hubiese imaginado un medio que poniéndonos a cubierto asegurara nuestro cariño. A peso de oro logré un filtro, del que eché unas gotas en el vaso con que bebiste ayer, y cuando los enviados del rey que debían conducirte a la presencia de la princesa Margarita llegaron, creyeron en tu muerte efectiva, y así lo comunicaron al rey.

CATALINA ¿Y el rey cayó también en el lazo?

ETHEL. El era el solo que me importaba.

CATALINA ¿Y no sospechó?

ETHEL. Al contrario, porque por sus mismos ojos se ha convencido.

CATALINA ¿Que se ha convencido?

ETHEL. Escúchame. No hace mucho estaba yo aquí, a tu lado, aguardando el momento que cesara el efecto del narcótico en tu cuerpo, para restituirte nuevamente en mis brazos, cuando, con la mayor sorpresa, y helándome de espanto por las terribles consecuencias que hubiese podido reportar, se ha presentado Enrique VIII en persona.

CATALINA ¿Llegó hasta mí?

ETHEL. Sí, pero resuelto a todo, tenía en mi mano oculto un puñal que hubiera hundido en su pecho a la menor señal.

CATALINA ¿Habrías dado muerte al rey?

ETHEL. Todo, antes que perderte. Dios ha que-

rido que no hicieras el menor movimiento, ni siquiera al poner en tu dedo el anillo que...

CATALINA ¡Un anillo! (Repara en él.) Es verdad. (Anillo de boda.)

ETHEL. Tu mano continuó con el hielo de muerte.

CATALINA ¿Pero y si el narcótico hubiera causado mi muerte real en vez de aparente?

ETHEL. Lo tenía previsto. No vertí en el vaso más que la mitad del contenido del pomo.

CATALINA ¡Confiesa que es horrible vivir cuando todos me creen muerta!

ETHEL. ¿Y eso qué? ¿Acaso tú misma no me habías dicho repetidas veces que desearías un mundo que nos perteneciese solo a nosotros, a fin de que nada pudiera en la vida separarnos? Pues bien, nuestro sueño puede realizarse. Existe un mundo único y exclusivamente para los dos. Abandonaremos en breve Inglaterra, y vendrás a Francia conmigo, donde nos espera una corte menos sombría que la de Enrique, en donde mis títulos y riquezas te aseguran un sitio brillante. Ya ves, pues, si puedes en lo más mínimo reprochar mi conducta.

CATALINA ¿Dónde viviremos hasta entonces?

ETHEL. En mi castillo de Dierham, bajo cuya bóveda estamos.

CATALINA ¿Y estamos lejos de Londres?

ETHEL. Unos diez minutos.

CATALINA ¿Nadie me verá?

ETHEL. Nadie.

CATALINA ¿De modo que no haré otra cosa que trocar la sepultura?

ETHEL. Por muy poco tiempo; y ahora que ya lo sabes todo, podemos salir de aquí. Aguarda un instante, mientras me aseguro que no queda nadie del séquito real por los alrededores.

CATALINA Sí, vé. Ya no tengo miedo. (Vase Ethelwood.)

ESCENA IV

CATALINA.

¡Qué cambio se ha operado en mí ante las palabras que acaba de pronunciar Ethelwood! ¡Que el rey de Inglaterra me ama! ¡Que bajó hasta el sepulcro de la pobre Catalina Howard! ¿Y no desperté al ruido de sus reales pisadas? ¡Aquí, aquí mismo debía tener puestos los pies mientras contemplaba mi rostro!... ¡Hacia mi frente inclinó su frente coronada!... ¡En mi dedo colocó este anillo de boda!... Pero qué me importa todo esto si me tiene por muerta, si me cree un frío cadáver.

ESCENA V

CATALINA y ETHELWOOD.

ETHEL. Catalina.

CATALINA ¿Quién pronuncia mi nombre?

ETHEL. Salgamos de esta tumba; todo está en silencio.

CATALINA (Yendo a él.) (Procura, Ethelwood, que me parezca más bello tu palacio.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Estancia en el castillo de Dierham.

ESCENA PRIMERA

ETHELWOOD sentado junto a la ventana; CATALINA de pie.

ETHEL. Dime, Catalina, ¿no eres feliz?

CATALINA Sí, desde el momento que me prometiste que no saldríamos de Inglaterra.

ETHEL. En tal caso habrá que renunciar a todos los honores, a todas las fiestas en las que podrías deslumbrar por tu hermosura.

CATALINA ¿Qué me importa si me hallo a tu lado?

ETHEL. ¡Ah, Catalina!

CATALINA Oyeme: ¿es la ciudad de Londres lo que se extiende a nuestra vista?

ETHEL. Cierto.

CATALINA ¿Se descubre desde aquí el palacio de White-Hall?

ETHEL. (Lo señala.) Mírale.

CATALINA ¿Es la residencia del rey?

ETHEL. En verano ocupa el de Greenwich.

CATALINA ¿No es el palacio en que residió Ana Bolena al ocupar el trono?

ETHEL. El mismo. ¿Por qué me haces estas preguntas?

CATALINA Por nada. He oído referir que al desembarcar en la orilla, le echaron un manto de reina a sus espaldas, mientras el rey le aguardaba en la puerta de palacio.

ETHEL. Efectivamente; y por la misma, a los

tres años, salió vestida de negro y acompañada por un sacerdote para trasladarse a la torre de Londres, donde le aguardaba el hacha del verdugo.

CATALINA Bien merecido lo tenía, porque en presencia de toda la corte tiró su ramillete a un caballero en el torneo de Greenwich.

ETHEL. Muy enterada estás de cuantos pormenores ocurrieron. (Va a besarle la mano y tropiezan sus labios con la sortija.)

CATALINA ¿Qué tienes?

ETHEL. La verdad, esta sortija ha parecido que hería mis labios. Me ha estremecido. No debes conservarla.

CATALINA ¿Por qué? Es un donativo regio.

ETHEL. Y además una prenda de amor.

CATALINA ¿Celoso?

ETHEL. Pues bien, sí, tú lo has dicho, celoso. Tal vez te parecerá ridícula, pueril mi exigencia, pero yo te lo suplico, por lo mucho que te quiero; no despedaces mi corazón negándote a complacerme, no conserves esta sortija en tu poder.

CATALINA (Procurando distraerle.) Mira; si no me engaño, hacia aquí se dirigen aquellos caballeros; toman el camino del castillo.

ETHEL. Es verdad. (Mirando.) ¡Santo Dios! ¡Es él!

CATALINA ¿Quién?

ETHEL. ¡El rey!

CATALINA ¡Es posible!

ETHEL. Sí, él es. Retírate al instante, Catalina, vuelve a tu aposento. Es nuestro amor y nuestra vida lo que peligra. ¡A prisa!... ¡A prisa!... ¡Llegó a la puerta! (Procura llevar a Catalina a la puerta de la izquierda, por la que desaparece.)

CATALINA (¡El rey tan cerca a mí, y no verle!) (Vase.)

ETHEL. ¿Si sabrá que ha sido víctima de un engaño? No, si así fuese, vendría con él

el gran Canciller. ¡Que no me abandone la serenidad!

ESCENA II

ETHELWOOD, UN PAJE y ENRIQUE.

PAJE (Anuncia.) El rey.

ETHEL. Señor... ¿A qué debo?...

ENRIQUE Sencillamente: ya que no vienes tú a mi palacio de White-Hall, vengo a tu castillo de Dierham.

ETHEL. Necesitaba solo la menor insinuación para complaceros.

ENRIQUE Lo creo.

ETHEL. Si vuestra gracia se digna sentarse...

ENRIQUE Sí, pues tenemos que hablar de asuntos graves y urgentes.

ETHEL. ¿Vuestra gracia se halla ya resignado de la pena causada por...?

ENRIQUE Los reyes, milord, ni los dolores con que se afligen los demás mortales nos pertenecen. La herida está abierta, pero debo pensar más en Inglaterra que en mí mismo, pues de mí necesita.

ETHEL. Señor, ¿olvidáis que los nobles en masa están a vuestro lado?

ENRIQUE Así lo creo, milord, y yo debo ser quien se ponga al frente. Considerad, por lo tanto, que durante mi ausencia, que puede prolongarse, no debo dejar a Londres expuesto a las intrigas de Carlos V y Paulo III. Debe quedar mi autoridad en manos fuertes y poderosas.

ETHEL. El duque de Norfolk.

ENRIQUE Solo son guerreras sus aptitudes, y se necesita quien tenga condiciones de gobierno.

ETHEL. El conde de Sussex.

ENRIQUE Demasiado joven. Veo que no aciertas mi candidato. Reflexiona, milord, que

está muy cerca de ti el hombre que reune las condiciones que deseo.

ETHEL. No acierto.

ENRIQUE Por modestia o ceguedad.

ETHEL. ¿Acaso vuestra elección ha recaído en...

ENRIQUE Sí, en ti; mucho te costó acertar. El pueblo te estima y la nobleza no te odia. Además, he concebido un proyecto que cierre de una vez las bocas de los atrevidos. Me consta que estás acariciando hace un año una honra mayor aun de la que te brindo.

ETHEL. No comprendo.

ENRIQUE Aunque nada han pronunciado tus labios, me consta que estás enamorado de la princesa Margarita.

ETHEL. (¡Justo Dios!)

ENRIQUE Y ella te corresponde.

ETHEL. Vuestra gracia puede engañarse.

ENRIQUE No me engaño. Yo prometo asegurar tu felicidad y la de mi hermana la princesa.

ETHEL. Señor, debo confesar que tanto honor es superior a mis escasos méritos, no me juzgo digno...

ENRIQUE ¿Es que rehusáis?

ETHEL. No puedo aceptar.

ENRIQUE ¿Pero es que habéis perdido la razón?

ETHEL. Aunque parezca un ingrato a vuestros ojos.

ENRIQUE Reflexionad, milord.

ETHEL. Lo hice ya.

ENRIQUE ¿Os negáis también a aceptar la regencia del reino?

ETHEL. Cuán reconocido estoy a tal distinción, pero no me es posible complacer a vuestra gracia.

ENRIQUE ¿Y la mano de la princesa?

ETHEL. Lo dije ya: no me considero digno de ella.

ENRIQUE ¿Olvidáis que el rey de Inglaterra suele

acompañar el mando a la súplica, cuando ésta se ve desatendida?

ETHEL. Por lo que más améis en este mundo, señor, no prolonguéis mi terrible situación. Es mi destino. Ya que aparezco ingrato, no me convirtáis en rebelde.

ENRIQUE ¿A tanto llegaríais?

ETHEL. ¡Señor! (Va a tomarle la mano que Enrique retira.)

ENRIQUE Apartad, milord.

ETHEL. ¡Señor! (Como llevando la mano a la espada.)

ENRIQUE Primo querido, he notado que vuestra mano llegó hasta la empuñadura de vuestra espada, y esto es, ante el soberano, un crimen de alta traición.

ETHEL. ¡Qué hacer, Dios mío!

ENRIQUE Milord, a un soplo mío se han desvanecido castillos mejor cimentados que el vuestro.

ETHEL. Me consta.

ENRIQUE Sois marqués de Derby, duque de Dierham, par de Inglaterra, y poseeis tres cientos lugares con diez mil vasallos, sois rico, poderoso, pero bastaría mi voluntad para convertiros en el más miserable pordiosero que se arrastra por las calles de Londres.

ETHEL. Tal es vuestro poder.

ENRIQUE Puedo conduciros ante la Cámara, en la que tenéis asiento, y acusaros de alta traición, pues vuestra mano se dirigió a la espada en mi presencia.

ETHEL. Estad seguro que no lo negaré.

ENRIQUE Y una vez pronunciado el fallo, puedo mostraros el cadalso donde perecieron Dudley, d'Empson y Cromwell.

ETHEL. Subiré.

ENRIQUE ¡Basta! Veremos, milord, quién es el más fuerte. No, no me sigáis.

ETHEL. Señor, no me han sido aún arrebatados mis títulos. El castillo en que permanecéis es mío aún, y como que ninguna

sentencia pesa sobre mi cabeza, todavía continúo siendo vuestro súbdito leal y sumiso vasallo. Me cabe, pues, aun, el derecho de acompañaros hasta la puerta donde os aguarda vuestra comitiva, y debo presentaros mi rodilla para que en ella apoyéis vuestro pie al montar a caballo.

ENRIQUE Venid, milord, pero os empeño mi real palabra de que no volveréis a prestarme tales servicios. (Vanse.)

ESCENA III

CATALINA, sola, corre a la ventana.

¡Ah, es él! ¡Qué arrogancia la suya! El que puso en mi tumba su anillo de boda en mi mano, y hubiera ceñido con su corona mi cabeza. ¡Todos se inclinan a su paso! El solo lleva erguida la cabeza. ¿Qué veo? Mi esposo dobla ante él la rodilla para que pueda apoyar el pie... ¡Este es mi Ethelwood! un noble, un vasallo. Ya parte. ¡Oh rey, cómo te seguiré con mi fantasía constantemente! ¡Qué esplendoroso es tu brillo, y cómo sus rayos deben envolver a la que se siente a tu lado. ¡Si enviudara!...

ESCENA IV

CATALINA y ETHELWOOD.

ETHEL. ¡Catalina, pronto, una pluma, pergamino! (Se sienta y escribe.)

CATALINA ¿Qué ocurre?

ETHEL. ¿Oiste mi conversación con el rey?

CATALINA Toda.

ETHEL. ¿Que están confiscados mis bienes?

CATALINA Sí.

ETHEL. ¿Que no poseo títulos?

CATALINA Lo oí también.

ETHEL. ¿Que tengo amenazada mi vida?

CATALINA El rey se aplacará.

ETHEL. ¿Y sabes la causa?

CATALINA (Le abraza.) Sí, yo.

ETHEL. Llegó el momento que recelaba, y voy a devolverte el sacrificio que hiciste por mí.

CATALINA No comprendo.

ETHEL. Oye: tú sabes que conservo aún en mi poder la mitad del contenido del narcótico.

CATALINA ¿Pretendes?...

ETHEL. Escúchame: es preciso que como tú muera yo para todo el mundo, a fin de que para ti solamente vuelva a nacer.

CATALINA ¡No, eso no!

ETHEL. ¡Mira el frasco! (Lo enseña.)

CATALINA ¿Que? ¡Vacío! ¿Has bebido? ¡Misericordia, Dios mío!

ETHEL. Silencio, aprovechemos los momentos. Mira, en este pergamino dejo escrita mi resolución, por haber provocado la cólera del rey.

CATALINA ¡Eso es tentar a Dios!

ETHEL. Oyeme, porque siento que se paraliza mi sangre. No importa que se me confisquen los bienes; poseo oro y piedras preciosas para comprar otro ducado. Desde el momento que se me encierre en la sepultura, nadie se acordará de mí. Tú sola velarás. Atiende bien: la puerta del subterráneo no puede abrirse más que con dos llaves.

CATALINA ¡Dos!

ETHEL. Una de ellas será entregada al rey como heredero mío. La otra, a ti, como a mi esposa.

CATALINA Guárdala, y tú mismo puedes abrir al volver en ti.

ETHEL. ¿Y quién la pondrá a mi lado, si ni siquiera podrás asistir a mis exequias?

CATALINA Es verdad.

ETHEL. Toma la llave y prodígame tus frases de cariño en tales momentos. (Se arrodilla a sus pies.) ¿Todavía esta sortija en tu mano? ¡Dámela !...

CATALINA Toma. (Se la da.)

ETHEL. ¡Oh, cuánto te quiero !

CATALINA ¡Ethelwood !

ETHEL. ¡Catalina !... ¡Fallezco !...

CATALINA ¡Dios mío !

ETHEL. ¡Tu mano !... ¡Adiós !... ¡Adiós !... (Cae.)

CATALINA ¡Ah ! (Le observa, le pone la mano sobre el corazón y vuelve a quitarle el anillo, poniéndoselo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La misma decoración del primer acto.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE y MARGARITA, apoyando su cabeza en la rodilla del primero.

MARGARI. Creo que puedo a vuestros pies desahogar mi llanto. Nadie sabe como vos el motivo de mis lágrimas. Lo confieso, le quería entrañablemente.

ENRIQUE Resignaos, hermana mía.

MARGARI. A vos principalmente debe también tocaros su parte en el sentimiento que me embarga, perdiste con él no un servil palaciego, no un adulador de vuestra gracia, sino un hombre adicto a vuestro trono.

ENRIQUE Es verdad.

MARGARI. ¿Por qué llevasteis a tal extremo vuestras amenazas, que le obligaron a la fatal resolución de arrancarse la vida?

ENRIQUE Calla, Margarita, no sabes lo que pesan en mi ánimo tus acusaciones; mi cetro, mi omnímodo poder, todo, fuera poco, si con ello pudiera borrar lo sucedido.

MARGARI. Es inútil, con su muerte, habéis perdido un súbdito leal, y me habéis arrebatado toda mi ilusión. (Aparece un ujier.)

ENRIQUE Silencio. Retírate a tu aposento. Se acercan los miembros de la Alta Cámara, para despedir el duelo.

MARGARI. Un momento, hermano; nadie conoce el dolor que me embarga, permitidme que con vos los reciba, y que sea yo quien cierre la puerta de su sepulcro, que no ha de volverse a abrir.

UJIER Los lores de la Cámara.

ENRIQUE Que pasen.

ESCENA II

Dichos y los LORES de la Cámara, precedidos por SUSSEX.
(Enrique sube al Trono.)

SUSSEX (Con una llave en una almohada de terciopelo, hincando la rodilla ante el rey.) Señor, cumpliendo nuestra misión, quedan depositados en el panteón de sus abuelos, los últimos restos de milord Ethelwood, Marqués de Derby, Duque de Dierham y par de Inglaterra. Ultimo descendiente de su noble familia. Yo, el más joven de los nobles, he sido elegido para haceros entrega de la llave. Uno de los más nobles corazones de la nobleza de Inglaterra ha dejado de existir.

ENRIQUE Conde de Sussex, dejad la llave en la mesa; nobles señores, perdiste un compañero y yo un leal amigo. (El ujier toma la llave.) Su pérdida es irreparable. Sólo recibo sus bienes como un depósito sagrado, que transmitiré a quien se hiciere acreedor a ellos. Nuevamente os doy las gracias y que Dios os conceda su protección. Podéis retiraros. (Van retirándose y saludando.) Margarita, elige entre los que se retiran, yo, por mi parte, añadiré a los títulos de Marqués de Derby y Duque de Dierham, el honor de emparentar con el Rey Enrique VIII de Inglaterra.

MARGARI. Gracias, hermano mío; pero mi corazón ha muerto ya. No codicio otros bienes ni

honores que la llave del sepulcro del hombre a quien amé en este mundo. (La toma.) Ahora, adiós, Enrique VIII, nada más ambicionado, hermano mío. (Vase.)

ESCENA III

ENRIQUE, y a poco, UJIER.

ENRIQUE ¡La llave de su sepulcro! ¿Acaso anhela mi corazón otra cosa? No, también en él permanece un cadáver, el amor por una mujer que no existe.

UJIER Señor, una joven solicita una audiencia de vuestra gracia.

ENRIQUE ¿Una joven? Dila que no es este día en que dé yo audiencia pública. Que se dirija al Gran Canciller, y él le atenderá.

UJIER Dice que es preciso hablar a solas con vuestra gracia.

ENRIQUE ¡Particular empeño? ¿De dónde viene?

UJIER Dice que de Richemon.

ENRIQUE (¿Cerca del pueblo de Catalina?) Que entre. Tal vez alguna compañera suya. Aunque no fuera más que por su grata memoria, debo complacerla.

UJIER (Al foro.) Entrad. (El rey hace seña al ujier que se retire.)

ESCENA IV

ENRIQUE y CATALINA, cubierto el rostro con un velo.

ENRIQUE Nada temáis, hija mía, y acercaos. ¿Qué solicitais del Rey de Inglaterra? (Catalina hinca una rodilla y le muestra la sortija.) ¿Qué, mi anillo? ¿cómo se halla en vuestro poder? ¿Quién sois? (Catalina se levanta el velo.) ¿Qué? ¡Catalina! ¡Oh, decidme que no sueño! ¡que no sois una sombra! ¡La evocación

de mis afanes! ¡Por el cielo, que oiga vuestra voz, que me convenza de la realidad!

CATALINA Señor, ¿acaso es la primera vez que una muerte aparente disfrazó la realidad?

ENRIQUE ¿Pero qué milagro te vuelve a mi cariño? ¿Tú sabías que el Rey de Inglaterra había posado los ojos en ti? Dime ¿cómo saliste de tu sepulcro?

CATALINA ¿Acaso no existía una llave?

ENRIQUE ¡Justo Dios!

CATALINA ¿Qué?

ENRIQUE Me estremece la idea de que hubieras perecido víctima del más horrible abandono.

CATALINA Habría sido horrible en verdad.

ENRIQUE Mientras yo creyendo en vuestra muerte habría permanecido en mi palacio, las inconcebibles torturas del hambre y del frío habrían hecho presa en vuestro adorado cuerpo. Yo, todo un rey, nada hubiera podido hacer, ignorando tan atroz suplicio.

CATALINA ¡Oh, callad! (Se apoya en las gradas.)

ENRIQUE ¡Catalina!... ¡por favor! no sucumbáis ahora que vuelvo a recobraros. (La sostiene.)

CATALINA No hay duda, me hallo en White-Hall, aquí está el trono, sois vos el Rey...

ENRIQUE Sí, y en sus brazos, los cuales serán desde hoy tu único apoyo.

CATALINA ¿Me renováis las promesas hechas al pie de mi tumba?

ENRIQUE De todo corazón.

CATALINA Repetídmelas, yo os lo ruego.

ENRIQUE Sí, Catalina, desde hoy compartirás conmigo mi glorioso trono. Cuanto pueda soñar la fantasía de una mujer verás sumiso a tus plantas. ¿Quién cómo tú, joven, hermosa y querida como no lo fué mujer alguna en el mundo?

CATALINA ¿Seré reina?

ENRIQUE Hoy mismo. El obispo de Cantorbery nos unirá en indisoluble lazo y mañana, Ca-

talina Howard, esposa de Enrique VIII, será proclamada reina de Inglaterra, ante la cual, Europa entera se inclinará respetuosa.

CATALINA Oidme. ¿Es muy profunda la corriente que se arrastra al pie de esta ventana? (Derecha.)

ENRIQUE Es un abismo.

CATALINA (¡Ah!) (Se acerca a la ventana y arroja la llave.)

ENRIQUE ¿Qué estáis haciendo?

CATALINA Nada. Soy ya la reina. Señor, vuestra desposada está pronto.

ENRIQUE En tal caso, permitidme un instante, sólo un momento, Catalina. Vuelvo dentro de poco. (Vase.)

ESCENA V

CATALINA.

Rey de Inglaterra, tuya soy desde este momento. ¡Dios eterno! ¿Será una realidad o un mentido sueño lo que pasa ante mi vista? Si lo fuera, es más agradable de lo que pude esperar. ¿Quién es capaz de detener el curso de las aguas que se despeñan por el torrente? Pues bien, me abandono a su fuerza. No hay duda, el rey era quien al retenerme en sus brazos me ha ofrecido compartir con él su trono. ¡El trono! aquí está (Señalándolo y acercándose a él.), no es un delirio de mi fantasía. Sí; estas son sus gradas. Subí la primera (Lo hace.), la segunda, me siento en él. (Lo hace.) ¿Si despertaré mañana en mi escondido retiro de Richemon o en el subterráneo del castillo de Dierham? ¡Ah, no! Logré el colmo de mis ambiciones. Soy la reina de Inglaterra. ¿Quién osará negarme el acatamiento que a mi majestad se debe?

ESCENA VI

Dicha y ETHELWOOD, que, asomándose por la izquierda, viene a ponerse al pie del trono, pálido y desfigurado. Catalina queda aterrada.

ETHEL. ¡ Saludo a la reina de Inglaterra !

CATALINA ¡ Dios mío ! ¿ Vos? ¿ tú? ¡ qué horror !

ETHEL. ¿ Qué os estremece, si habéis logrado cumplir vuestras ambiciones?

CATALINA ¡ Ethelwood !

ETHEL. Ya veis, pues, señora, que la tumba arroja a vuestro paso los seres que habíais creído perdidos para siempre.

CATALINA Pero esto es una horrible pesadilla ; eres un aspectro, una sombra.

ETHEL. Sí, Catalina, menos para ti. Para ti tan solo soy encarnación de la realidad.

CATALINA ¿ Pero qué maligno espíritu te conduce a mi lado nuevamente?

ETHEL. Calma, futura esposa de Enrique. En tu aturdimiento olvidaste que eran dos las llaves que abrían las puertas de mi sepulcro. En tu poder retenías la primera, pero la otra fué entregada al mismo rey, como mi único heredero. Olvidaste también, que mientras la ambición cegaba a la mujer que adoré, otra, la princesa Margarita, sentía por mí el cariño que no supe inspirar a Catalina. ¡ Contraste de la suerte ! La que debía haberme olvidado se acordó de mí, y la que estaba obligada a no abandonarme a mi triste suerte, decretó a mi cariño el más atroz de los suplicios. Al abrir los ojos hallé a mi lado a la una en vez de la otra. Ya lo sabéis todo.

CATALINA Oh, sí, he sido una infame, lo reconozco, huyamos de aquí, pronto.

ETHEL. Ah, no, imposible ; es preciso que cada uno recorra la senda que se ha marcado.

CATALINA ¡ Ethelwood !

ETHEL. Creí que bastaría a vuestra ambición hace-

ros marquesa de Derby, duquesa de Dierham, esposa de un par de Inglaterra. Me engañé. Habéis querido escalar un trono, os compadezco, como la mariposa pereceréis en la llama que os deslumbra. El amor del rey será vuestra perdición.

CATALINA ¡Oh, no! ¡Apiadaos de mí!

ETHEL. La corona que en breve ceñiréis os abrasará la frente. ¿Habéis soñado en un cetro? cogedle, señora, ha de ser vuestro dogal. Subisteis las gradas de un trono, yo os juro que se trocarán en las del cadalso.

CATALINA ¡Dios eterno! ¡Compasión!

ETHEL. Reposad vuestra cabeza en la misma almohada que lo hicieron cuatro reinas que os precedieron, aprovechad los pocos días que os restan, ocho solamente, yo vendré por la respuesta una vez finidos.

CATALINA ¿Volveré a veros?

ETHEL. ¿Dudas acaso? ¿Crees que te será fácil libertarte de mi presencia? Volveréis a verme; Catalina Howard, reina de Inglaterra, se verá obligada a descender de su trono para recordar los lazos que la unen con el marqués de Derby. Ni al mismo Enrique cedo la antigüedad de mi derecho.

CATALINA ¿Qué intentáis?

ETHEL. Que el descenso del trono sea tan rápido como su escalamiento ha sido.

CATALINA Es que al perderme os perdéis vos también.

ETHEL. ¿Pensáis amedrantarme? No, Catalina. Uno fué nuestro lecho nupcial, como uno será el patíbulo y la tumba bajo la cual descansen nuestros cuerpos.

CATALINA ¡El rey, ¡Marchad, milord!

ETHEL. Está bien, pero recordad mis palabras; dentro de ocho días habrá terminado vuestro reinado. (Vase.)

ESCENA VII

CATALINA, REY y acompañamiento.

ENRIQUE Caballeros, aquí está vuestra reina.
TODOS ¡Viva la reina!
ENRIQUE Catalina, el arzobispo espera para nuestra dicha. (Catalina da la mano al rey y vanse.)
ETHEL. (Apareciendo.) Y yo, para mi venganza, sólo me resta entenderme con el verdugo.

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

Cámara de la reina.

ESCENA PRIMERA

CATALINA, recostada en un sofá durmiendo, a su lado ENRIQUE.

ENRIQUE No sé qué escondida pena descubre su agitado sueño. Algún remordimiento quizá.

CATALINA (Soñando.) Enrique me quiere... esta llave... ¡Oh... no!...

ENRIQUE Alguien asegura que si se contesta a los que sueñan de este modo prosiguen la conversación. ¿Quién sabe? Probemos. ¡Catalina!

CATALINA (Soñando.) ¿Qué? ¿Quién me llama? ¿Quién bajó a mi sepulcro?... ¡la sortija!... yo quiero ser reina.

ENRIQUE Y lo eres. ¿Qué más ambiciona tu fantasía?

CATALINA ¡Ah, sí! ¡la cuchilla!...

ENRIQUE ¿Qué dices?

CATALINA La cuchilla de Ana Bolena... ¡Ah! ¡perdón! ¡piedad!

ENRIQUE ¡Qué horrible pesadilla debe atormentarla! ¿Quién ha de perdonarte? ¡Catalina!

CATALINA (Despierta.) ¡Era un sueño! ¡Qué horroroso! ¿y vos, señor, estabais junto a mí?

ENRIQUE Sí, yo, Catalina.

CATALINA ¿Qué dije? (¿si habré revelado?) ¿Quién puede atribuir a los sueños crédito alguno?

ENRIQUE Sosiégate, nada dijiste en concreto, palabras sueltas, nada más.

CATALINA Confieso que me atormentó. Pero vos, que sin duda contemplabais mi sufrimiento...

ENRIQUE Por esto procuré despertarte. Tampoco me era posible permanecer un momento más a tu lado. Me aguardan en el Consejo.

CATALINA ¿Vais a separaros de mí?

ENRIQUE Es forzoso, aunque me retienen vuestros brazos, y me cautivan vuestros ojos.

CATALINA Un instante más.

ENRIQUE No es posible, ángel mío, los Pares me esperan; ordenadme, pues, que me reuna con ellos, ya que de otro modo me sería difícil apartarme de la fascinación que ejercéis sobre mí.

CATALINA ¿Por qué no me lleváis?

ENRIQUE ¡Qué locura!

CATALINA ¿No soy reina acaso? Bien puedo presidir el Consejo a vuestro lado.

ENRIQUE No es posible, amada mía, por lo que el rey os adora, no consintáis con vuestro cariño extremar la situación de tal modo que no sepa resistir vuestros deseos. Hasta luego, Catalina, yo te prometo que volaré a tu lado en cuanto pueda escapar un momento.

CATALINA Aquí os espero. Id. (Vase Enrique.)

ESCENA II

CATALINA, queda abatida.

¡Qué horrible congoja! Ya soy reina, pero ¡cómo me escarnecerían si pudieran leer en mi corazón cuantas me envidian!... Creí que podría amar a Enrique, sólo por la majestad real, pero no, imposible. Su presencia me atemoriza, vivo en continuo sobresalto. Ni en su regio lecho puedo

conciliar el sueño, y aquí, junto a él, he sufrido una horrible pesadilla. ¡ Si me habré hecho traición ! ¡ si habré pronunciado alguna palabra, algún nombre. ¡ Ethelwood ! inútilmente lucho para arrancarlo de mi imaginación. En el Támesis, en los corredores mismos de este palacio, su sombra me persigue sin descanso. Ni la vista oso levantar (aparece Ethelwood por una puerta de la izquierda y se coloca lentamente detrás de Catalina), siempre creo tenerle delante con su aire amenazador y sombrío, ¡ No, no quiero estar sola ! ¿qué hacen mis damas de honor que así me abandonan ! Voy a llamar. (Al colocar la mano en la campanilla Ethelwood la detiene.) Ah ! ¡ vos aquí !

ESCENA III

CATALINA y ETHELWOOD.

ETHEL. Sí, yo soy, Catalina.

CATALINA ¿Por dónde llegaste hasta aquí?

ETHEL. Por las mismas habitaciones de la princesa.

CATALINA ¿Por esta puerta que yo misma cerré? ¿Qué poder sobrenatural viene en vuestro auxilio?

ETHEL. Es que hay puertas que tienen dos llaves, como las de mi sepulcro.

CATALINA ¡ Si el rey te hallara aquí !...

ETHEL. El empeño que tenía en ocultarte a su vista lo tienes ahora tú para conmigo.

CATALINA ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes?

ETHEL. Sencillamente, verte, saber cómo pasas el día, y las imágenes que se presentan por la noche en tus ensueños.

CATALINA ¿Lo qué hago durante el día? ¿acaso necesitas preguntármelo tú? ¡ Mis sueños !... No podía tu venganza llegar hasta un ex-

tremo más horrible. Puedes estar satisfecho. Soy muy desgraciada, créeme, apiádate de mí

ETHEL. ¿De ti? ¿Señora, cómo va a apiadarse un muerto de toda una reina de Inglaterra? ¿Acaso no se llenó cumplidamente vuestro deseo? ¿qué más apetecéis? pajes, damas, espléndidos trajes, el brillo de una diadema real; estáis loca, Catalina.

CATALINA ¡Quién pudiera borrar cuanto hice en pocos días! ¡Oh! ¡mi casita de Richemon, mi vestido blanco, y tu corazón, que he perdido para siempre!

ETHEL. En efecto, contrastes de la vida. Entonces estaban los papeles trocados, entonces eras tú quien, al verme triste, me preguntabas, qué pesar embarga tu mente, tú quien me decías: ¿quieres que te recite los versos de una pastora que se casó con un rey de Inglaterra? y terminaban así:

¿Quieres ser reina y poseer corona,
y que mi corte te obedezca a ti,
cual obedece a mi real persona?
y le contesta la pastora, sí.

CATALINA ¡Calla, por Dios!

ETHEL. Sin duda alguna que el rey oyó la misma respuesta de tus labios.

CATALINA Por mi desdicha.

ETHEL. (Sentándose a sus pies.) Acuérdate que te pedí el final de aquellos amores, y me dijiste que la historia ni trataba de él. Pues bien, yo voy a completar lo que olvidó el cancionero.

CATALINA ¿Tú?

ETHEL. Sí, yo, Catalina. No has reparado la semejanza que existe entre esta leyenda y lo que a nosotros nos sucede? La bella Elisa, contestó sí, y llegó a ser reina, pero olvidóse de confesar a su real esposo sus primeros amores. Cosa más particular. Había en aquel tiempo una ley muy semejante a la que ha promulgado hoy en

día Enrique VIII, la cual condenaba a toda joven que después de un enlace como el nuestro se casara con el rey, sin habérselo confesado antes...

CATALINA ¡A la pena de muerte! Pero esta ley fulmina la misma pena sobre el culpable, que su cómplice.

ETHEL. Cierto, pero para un hombre a quien los celos le destrozan el corazón, ¿qué espanto puede producirle la muerte, si a la suya sigue la de la mujer que le causó tanto mal, si con ello completa su venganza? Escucha, pues, el final de la leyenda; Ricardo podía impunemente entrar y salir de palacio; como estaba celoso, tampoco le espantaba la muerte.

CATALINA ¡Oh, calla!

ETHEL. A los pocos días de su boda, la reina le halló en el Támesis, en los corredores de palacio, no podía librarse de su sombra, hasta que hallóle en su propia cámara, y, aprovechando la ocasión en que nadie podía verles ni oirles, se arrodilló a sus pies (lo hace), así, como ahora lo hago yo, y fijándole su mirada la dijo: Oyeme, Catalina, no, digo mal, Elisa, ¿hubo en el mundo mujer más adorada que vos?

CATALINA ¡Oh, no!

ETHEL. ¿Y hombre que hubiese hecho lo que por vos hice?

CATALINA No, tampoco.

ETHEL. ¿Y hombre a quien se recompensara con tanta ingratitud?

CATALINA ¡Piedad, por el cielo!

ETHEL. Y sin embargo aquel hombre, todo, todo se lo habría perdonado, pero la idea de verla en brazos de otro que le robaba las caricias que eran suyas, golpeaba en su imaginación de tal modo que fué esto solo la muerte de los dos.

CATALINA ¡Su muerte! (Oyense las trompetas.)

ETHEL. Sí, Catalina, porque estaba aun la reina

encerrada con su amante, que el rey regresó del Consejo.

CATALINA ¡Milord, que ese toque anuncia la llegada de Enrique!

ETHEL. Sí, precisamente.

CATALINA Huid, pronto.

ETHEL. ¿Huir? ¿por qué? no cuenta tal cosa la leyenda.

CATALINA ¿Queréis perderme?

ETHEL. El rey llegó hasta la puerta de la cámara (Cierra la puerta.) y hallóla cerrada.

ENRIQUE (Dentro.) Abrid, Catalina.

CATALINA ¡Milord! ¡milord!

ETHEL. Y el rey se convenció de que un hombre estaba en la cámara. (Alza la voz.)

ENRIQUE (Dentro.) ¡Catalina! ¿quién está junto a vos?

ETHEL. Ah, rey Enrique, tú también serás víctima de los celos como cualquier vasallo.

CATALINA (De rodillas.) Máteme, mátame.

ENRIQUE (Dentro.) ¡Derribad esta puerta!

CATALINA ¡La puerta cede!

ETHEL. Sí, ya puedo dejarte, Catalina, volverás a verme. (Sale por la puerta que entró, que cierra tras sí.)

CATALINA ¿Dónde me oculto? ¿qué va a ser de mí? ¡Dios mío! ¡sólo en ti tengo esperanza!

ESCENA IV

CATALINA, ENRIQUE, con una hacha, y Guardias.

ENRIQUE Señora, ¿quién estaba en vuestro aposento?

CATALINA Nadie, señor.

ENRIQUE (Repara en el gorro de Ethelwood.) ¿Nadie? ¿y este gorro? pronto, decid... Su dueño habrá salido por esta puerta. Está cerrada, pronto, la llave.

CATALINA Señor, no la tengo.

ENRIQUE Buscadla bien, pronto.

CATALINA (Se registra.) Ah, sí, aquí está.

ENRIQUE Dadme. (Prueba de abrir.) ¡Ah! Bien tomó sus medidas vuestro cómplice: rompió la punta de un puñal en la cerradura. Pronto, su nombre.

CATALINA Señor...

ENRIQUE Su nombre digo.

CATALINA No puedo, señor, no puedo... ¡tened piedad!

ENRIQUE Lo mismo decía Ana Bolena, pero, como ella, el dolor hará que tus labios lo pronuncien. Por última vez, ¿quién es este hombre?

CATALINA No lo sé, disponed de mí.

ENRIQUE Está bien. Capitán, prended a la persona de la reina, y preparaos, señora, a dar vuestra respuesta a los jueces que condenaron a Ana Bolena.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO

ACTO SÉPTIMO

La Alta Cámara de los Pares.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, CONDE DE SUSSEX, ARZOBISPO DE CANTORBERY, PRESIDENTE y los miembros del Parlamento.

ENRIQUE (Se levanta.) Ya sabéis que nuestras leyes castigan con la pena de muerte el delito de traición y adulterio. Creo que puede darse este punto por suficientemente discutido.

UNOS Sí, sí.

SUSSEX No lo está.

ENRIQUE ¿Cómo, milord, os atrevéis?

SUSSEX Puede estarlo por lo que respecta al fuero interno, pero no en lo que a la conciencia puede referirse.

ENRIQUE ¿Suponéis?

SUSSEX El Parlamento es un tribunal independiente, que a Dios tan sólo debe dar cuenta de sus fallos. ¿Qué pruebas son las que vuestra gracia ha aducido en apoyo de la acusación?

ENRIQUE Está bien, milord, vendrán las pruebas que pedís, mientras empeño mi palabra real.

SUSSEX Es nuestro derecho. Antes de dar un fallo como el que se espera. No así se separa impunemente una cabeza de su tronco, una reina del rey, que es su esposo.

ENRIQUE El adulterio se anticipó a la cuchilla del verdugo.

SUSSEX Repito, señores, que antes de hacer declinar la balanza al peso de una acusación es preciso apreciar religiosamente los cargos, no devolvamos a Dios una cabeza que nos entregó ciñendo una corona.

ENRIQUE (Levantándose furioso.) Milord, vuestras palabras indican claramente que no fiais en la exactitud de las mías. ¿Acaso olvidaste tu condición y la mía? ¿Acaso ignoras que soy uno de los reyes más poderosos, y que bajo las gradas de mi trono se arrastran catorce millones de hombres?

SUSSEX Dios le dió a vuestra gracia el poder real, no el reino. Los cuerpos, las almas, jamás.

ENRIQUE Razón tenéis, milord, los cuerpos, por eso, cuando uno se me revela, sé llamar al verdugo para que, saliendo de él el alma, vuelva a su elemento.

SUSSEX Y por si el verdugo faltara tiene el rey una daga que reemplaza la cuchilla.

ENRIQUE ¡Milord!

PARES ¡Reportaos!

SUSSEX Plaza, señores. Estoy solo y puede venir a mí el rey, si tal intenta.

ARZOBIS. Permitidme, señores, que os advierta que le es más dable la persuasión a las palabras que al acero. Vuestra gracia habló de unas pruebas...

ENRIQUE En efecto. (Aparece Catalina.) Aquí viene la acusada, llevando su palidez y su turbación, que bien pueden servir como tales.

ESCENA II

Dichos, CATALINA, los DUQUES DE OXFORD y ROQUEBY.

CATALINA Señores, a vuestra piedad me recomiendo.

ARZOBIS. Ahora vuestra gracia tendrá a bien repetir la acusación ante la misma acusada, pues la asiste el derecho de contestar.

ENRIQUE No son las simples sospechas que concebí

de Ana Bolena, y que el proceso se encargó de justificar. Yo mismo me convencí por mis propios ojos y oídos.

CATALINA Afirmo que el rey se engaña.

ENRIQUE A mi vuelta del Consejo, yo mismo percibí las voces de su cómplice, encerrado en su propia cámara.

CATALINA Vuestra gracia a nadie encontró al penetrar en ella.

ENRIQUE Es cierto, pero en la cerradura de la otra puerta se había roto un puñal, y como si no fuera lo suficiente, no negaréis que hallé a vuestros mismos pies una gorra. Además, vos misma lo confesasteis.

CATALINA ¡Oh! ¡No!

ENRIQUE Vuestras negativas son inútiles, no os detiene otra cosa que el propósito de ocultar el nombre de vuestro cómplice. Y ahora apelo a la justicia de la cámara para que aprecie en su valor mis acusaciones, advirtiendo que cualquiera que fuese que manifestare la menor duda desmentirá a su rey.

PRESI. Señora, ¿qué contestáis para vuestro descargo?

CATALINA ¿Puedo yo, pobre y desvalida mujer, oponerme a la palabra de un rey? Anticipadamente os perdono todo el mal que podáis causarme.

PRESI. ¿Considera la cámara suficiente la instrucción del proceso?

UNOS Sí, sí.

PRESI. Pasemos, pues, a deliberar.

SUSSEX Un momento. Mi conciencia no me permite tomar parte en una deliberación de la cual resultará una pena de muerte. Yo abandono el sitio que me legaron mis antepasados antes que autorizar con una pasividad, que me repugna, la injusticia que se trata de llevar a cabo. Vuelvo al pueblo, al pueblo, sí, que en su fuero interno juzga y anula las sentencias de los reyes.

(Deja el manto y abandona el sitio, marchándose entre el pueblo.)

ENRIQUE Conde de Sussex, queda admitida vuestra renuncia. Sobran en la noble Inglaterra caballeros celosos de su deber que os reemplazarán. Yo me retiro, señores, para dejaros deliberar en completa libertad. (Vase por el foro.)

PRESI. Que se retire la acusada.

CATALINA Señores, de vuestro fallo depende la vida o muerte de una reina. Reflexionad que ni he tenido apoyo, ni quien me guiara con su consejo. Que a la acusación de todo un rey sólo se opone una débil mujer. Sólo me resta pedir a Dios que os toque al corazón. (Se la llevan y se retiran los Pares.)

ESCENA III

GUILLERMO, entre la gente del pueblo, una MUJER y el UJIER.

GUILLER. Poco ha reinado la quinta.

MUJER ¿Os parece, Guillermo, que saldrá condenada?

GUILLER. Menos razón había para hacerlo con Ana Bolena.

MUJER Nunca quiso confesar lo más mínimo.

GUILLER. Yo la vi subir al cadalso, estaba cerca de ella y oí perfectamente sus últimas palabras.

MUJER ¿Qué dijo?

GUILLER. «Pueblo de Londres, la ley me ha juzgado y vengo a cumplir su fallo. Que Dios guarde al rey, nada quiero decir para justificarme.»

MUJER ¡Pobrecita!

GUILLER. Puso la cabeza encima el tajo, encomendando su alma a Dios, y el verdugo se encargó de hacerla enmudecer.

MUJER ¿De un solo golpe?

GUILLER. Ya lo creo, como que era el verdugo de

Calais, hecho venir expresamente. Entiende bien el oficio.

MUJER ¿Y vendrá ahora también?

GUILLER. No, el nuestro ha adquirido ya la práctica suficiente.

UJIER El Parlamento va a pronunciar la sentencia.

ESCENA IV

Dichos y todos los de la Cámara, CATALINA y ENRIQUE.

PRESI. Que entre de nuevo la acusada. (Leyendo.) Hoy, 9 de febrero del año 1542. Oída la acusación hecha ante Nos por su gracia el rey, y oídas las pruebas presentadas en apoyo de dicha acusación, la Cámara Alta de Inglaterra reconoce a Catalina Howard culpable del crimen de adulterio, y la condena a ser decapitada junto con su cómplice, desconocido hasta la fecha, a la entrada de la torre de Londres, dentro el término de tres días, y al cabo de los mismos, cuando el referido cómplice hubiese sido aprehendido.

CATALINA ¡Dios eterno! ¡Dios de bondad!

ENRIQUE Gracias, milores.

PRESI. Se levanta la sesión.

SUSSEX Aun no, milord presidente.

ENRIQUE ¿Tenéis algo que oponer?

SUSSEX Nada, el fallo era esperado por mí.

ENRIQUE Ninguna responsabilidad puede arrostraros desde el momento que no formabais parte de la cámara.

SUSSEX Es verdad, pero debo advertiros que no renuncié al título de conde de Sussex. Si arrojé el manto de consejero, la espada del caballero pende aun de mi cinto. A ella apelo en contra de la sentencia, si vuestra gracia me lo permite. (Se coloca a los pies de la reina.) Señora, débil e inseguro es el re-

curso que me honro en ofreceros, pero es la única esperanza que os resta.

CATALINA ¿No estoy acaso condenada?

SUSSEX En efecto, pero podéis apelar ante Dios del juicio de los hombres. Las antiguas leyes de Inglaterra os conceden este supremo recurso, que no pueden negaros. Elegidme por vuestro campeón, que no se levantará de vuestros pies sino para proclamar vuestra inocencia, que sostendrá con su espada.

CATALINA Milord... considerad...

SUSSEX Señora, no me hagáis la ofensa de rehusarme para ser vuestro paladín.

CATALINA Y si os fuera fatal el combate, yo no me perdonaría...

SUSSEX Mi vida es vuestra, y mi alma, sólo a Dios pertenece, cada cual tendrá lo suyo.

CATALINA Sea, si así lo queréis. Milores, apelo ante Dios de vuestra sentencia, y escojo por campeón al noble conde de Sussex.

SUSSEX Gracias, señora. Oidme bien: yo, Carlos Guillermo Enrique de Sussex, a todos los presentes y venideros me presento para sostener con las armas que fueren la inocencia de la reina Catalina, declarando que ha sido injustamente condenada.

ESCENA V

Dichos y ETHELWOOD, armado de todas armas y con la celada echada aparece entre el público.

ETHEL. ¡Mentís!

SUSSEX Venga, pues, quien así lo sostiene a recoger mi guante. (Lo arroja. Ethelwood se adelanta y lo recoge.)

CATALINA (Al verle.) ¡Ah! ¡el fantasma! ¡es él!... ¡es él!

ETHEL. Yo, señores, contestando al conde de Sussex, aseguro por mi honor de caballero,

por mi sangre y por mi raza, que la sentencia es justa, que la reina Catalina había pertenecido a otro hombre, que se casó con el rey sin confesarlo, y que recibió al amante en su cámara después de casada. Recojo, pues, el guante, acepto el desafío, y que vuestra gracia se digne fijar el día de la pelea. (Silencio sepulcral.)

ENRIQUE Mañana mismo. Que los jueces de campo cuiden de señalar sitio y armas.

ETHEL. Hasta mañana, milord.

SUSSEX Hasta mañana.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEPTIMO

ACTO OCTAVO

Cuarto de la torre de Londres; una gran ventana en el foro, cerrada por cortinas negras. A la derecha un reclinatorio con un crucifijo.

ESCENA PRIMERA

CATALINA.

Sonó la hora fatal, la muerte solo me aguarda. Pobre conde de Sussex, inmolado inútilmente. (Dan las cinco.) Las cinco ya. Qué veloz corre el tiempo. Sólo me resta una hora de vida. El nuevo día alumbrará mi cadáver. ¡Dios mío! y permitiréis que así muera. ¡Si el rey me perdonara!... no hay duda que tiene potestad para hacerlo, pero no, es inútil, su odio hacia mí es implacable. Pierdo la razón...

ESCENA II

Dicha y el VERDUGO. Al verle Catalina se apoya en el reclinatorio quedando inmóvil.

VERDUGO Señora, ¿sabéis quién soy?

CATALINA Si, os reconozco, aunque no os vi en mi vida. (El verdugo se arrodilla.) ¿Por qué os arrodilláis?

VERDUGO Vengo a pediros mi perdón.

CATALINA Sarcasmo cruel. ¿Vos? ¿a vuestra víctima?

VERDUGO Observad que es forzosa mi misión.

CATALINA ¿Sin que os horrorice?

VERDUGO Aunque así fuera. Mi abuelo lo dejó ya a mi padre por herencia, y la ha recogido su nieto.

CATALINA Decidme, ¿sois el único de Londres?

VERDUGO El único.

CATALINA ¿Y quién ocuparía vuestro lugar si desaparecierais?

VERDUGO Nadie.

CATALINA ¿De modo que sería preciso mandar por el de Calais?

VERDUGO Así sucedió cuando la ejecución de Ana Bolena.

CATALINA Y en tal caso mi vida se prolongaría por unos días.

VERDUGO Sin duda alguna.

CATALINA (¡Qué rayo de esperanza!) Escuchadme, ¿de qué sueldo disfrutáis?

VERDUGO Veinte libras anuales.

CATALINA Está bien. ¿Qué valor le parece que tiene esta sortija?

VERDUGO Mil libras por lo menos.

CATALINA El sueldo de cincuenta años.

VERDUGO Es verdad.

CATALINA Pues bien, es tuya, a cambio de un servicio que puedes prestarme.

VERDUGO ¿Cuál?

CATALINA Muy sencillo, no te pido inútilmente que me salves, sólo deseo que desaparezcas al instante de Londres.

VERDUGO Observad, señora, que esta sortija me pertenece de todos modos, pues los despojos de los reos quedan de mi propiedad.

CATALINA Es cierto, pero tú no ignoras que puedo disponer de ella antes del momento fatal.

VERDUGO Señora, estáis tentando mi codicia, y considerad que podría arrebatárosla ahora mismo.

CATALINA (Se la mete en la boca.) Prueba, para ello, será preciso que me abras el seno.

VERDUGO ¿Me aseguráis que no me engaño acerca el valor de la joya?

CATALINA Lo juro, sobre este crucifijo.

VERDUGO Está bien, dádmela y desaparezco.

CATALINA ¿Y cómo me aseguras el cumplimiento de tu palabra?

VERDUGO Como vos, sobre este crucifijo.

CATALINA Jurádmelo por la vida de vuestros hijos.

VERDUGO Os lo juro, y que me arrebate Dios la vida si falto a mi palabra.

CATALINA Está bien, toma.

VERDUGO Salgo inmediatamente de la ciudad, para no volver a ella jamás.

CATALINA Dios os guíe.

ESCENA III

CATALINA y a poco ARZOBISPO.

CATALINA ¡Gracias, Dios poderoso, que al fin se aplacó tu justicia! (Se arrodilla ante el reclinatorio.)

ARZOBIS. Consuélame, hija mía, verte resignada a tu triste suerte. Acabo de ver en este instante la siniestra figura del hombre que acaba de salir.

CATALINA Se marchaba, ¿no es cierto?

ARZOBIS. Sí, pero volverá.

CATALINA ¿Os lo dijo?

ARZOBIS. No, pero no resta ya más que media hora.

CATALINA Es verdad. (Nada sospecha.) Desearía que consiguierais la gracia de que pudiera ver al rey antes de morir.

ARZOBIS. Imposible, sólo restan algunos minutos. La sentencia debe ejecutarse a las seis, con toda puntualidad.

CATALINA ¿Y si no sucediera así?

ARZOBIS. ¿Quién va a impedirlo?

CATALINA Escuchadme, ¿creéis que sin ejecutor sería posible llevarla a cabo?

ARZOBIS. ¿Qué osáis decir?

CATALINA El verdugo salió de aquí ha poco para no volver más; en estos momentos estará ya tal vez fuera de la ciudad.

ARZOBIS. ¿Cómo?

CATALINA Oidme, monseñor, no creo que vos tengáis empeño alguno en que deje de existir. Yo os suplico que me amparéis, que disputéis la víctima a la cuchilla.

ARZOBIS. Haré cuanto pueda, os lo prometo.

CATALINA ¡Qué bueno sois! Voy a escribir al rey ahora mismo, me alienta una secreta esperanza. (Oyese una trompeta.) ¿Qué? ¿qué es esto?

VOZ (Dentro.) Pueblo de Londres: el lord Gran Canciller os hace saber que el verdugo ha desaparecido al irse a ejecutar la sentencia, y deseando no demorarla, ofrece veinte libras al que se presente, haciendo notar el derecho que le asiste de ocultar su rostro tras una mascarilla. (Vuelve a sonar la trompeta.)

CATALINA ¿Habéis oído?

ARZOBIS. Sí, hija mía.

CATALINA ¿Habrá quién se atreva a tanto?

ARZOBIS. No es posible.

CATALINA Voy a escribir. (Lo hace.) Enrique, puesto un pie en las gradas del cadalso, viene a iluminar mi último intento...

ESCENA ULTIMA

Dichos y ETHELWOOD, cubierto el rostro con un antifaz. Catalina queda petrificada a su vista.

CATALINA ¡Ah!, ¡lo veis, lo veis padre mío! ¡mi eterna sombra! ¡el espectro fatal que me sigue!

ETHEL. ¿Estáis ya preparada, señora?

CATALINA ¡Es su voz! ¡su voz! estoy perdida.

ARZOBIS. ¿Por qué no suplicáis a este hombre que se retire.

CATALINA Fuera inútil. Me consta que permanecería impasible a mis ruegos, como si implorara al hacha que ha de segar mi cuello.

ARZOBIS. En tal caso, ya que no me ha sido dado salvar vuestro cuerpo, permitidme que sea más afortunado con vuestra alma. Confesadme vuestras faltas.

CATALINA No puedo, no puedo.

ETHEL. Permitidme que cumpla por ella.

ARZOBIS. ¿Qué? ¿acaso sabe?

CATALINA Como yo misma.

ETHEL. Esta mujer era una obscura muchacha del pueblo, sin porvenir. La descubrió un hombre honrado en su retiro, era noble y poderoso, hubiera podido seducirla, abandonarla luego, y, sin embargo, se casó con ella. ¿Es cierto, Catalina?

CATALINA Sí, cierto.

ETHEL. Este hombre podía llegar a ser el hermano político del soberano, pero rehusó, a fin de conservarse fiel a su juramento. ¿Es esto verdad?

CATALINA Oh, sí, lo es.

ETHEL. Por su culpa cayó en desgracia ante el rey, que le despojó de sus bienes y dignidades; sólo le restaba la vida, y el incauto hasta eso le confió, encerrándose en un sepulcro y confiándole la llave. Esta mujer cumplió su misión arrojando la llave al Támesis. ¿Es cierto eso también, Catalina?

CATALINA Sí, acabad.

ETHEL. Pretendió quedar libre para compartir un trono. Vos, monseñor, la habéis visto en él, pero cometió la falsedad de callar, engañando al rey en persona. En justo castigo, fué conducida ante la Cámara de los Pares, que pronunciaron la sentencia. Vos mismo formabais parte de ella, y ningún remordimiento debe caberos por el fallo. Es justo. Sabiendo su culpabilidad, admitió en el juicio de Dios la defensa que

el noble conde de Sussex le brindó. Por su culpa aquel esforzado caballero sucumbió en la demanda, su sangre debe caer sobre la infame que admite la defensa de una causa en la que le consta la culpabilidad. ¿No es verdad, Catalina?

CATALINA ¡Todo, sí, todo es verdad!

ETHEL. Ahora, monseñor, que conocéis su infamia, dignaos absolverla, que Dios se apiade de ella. La reo aguarda de rodillas, el pueblo se impacienta, llegó la hora, y el ejecutor aguarda. (Vase. Rumor del pueblo.)

ARZOBIS. Hija mía, ¿reconoces los crímenes de que se te acusa?

CATALINA Sí, padre. Sólo confío en la omnipotencia de Dios.

ARZOBIS. De rodillas. Que su infinita clemencia te acoja en su seno. Yo te absuelvo, hija mía.

CATALINA Vamos, padre. (Vase apoyada en él, al poco rato ábrense las cortinas del foro, apareciendo el patíbulo rodeado de soldados y pueblo. El cuerpo de Catalina aparece cubierto con un velo, y Ethelwood, apoyándose en el hacha, de pie. Antes de descorrerse las cortinas óyese un pregón.)

VOZ (Dentro.) Sentencia de la Alta Cámara que condena a muerte a Catalina Howard y a su cómplice, fijando la ejecución para tres días después de pronunciada la sentencia, y a la hora de las seis de la mañana. (Dan las seis, y, a la última campanada, un golpe seco; descórrense las cortinas y aparece lo ya indicado.)

ETHEL. Ahora es preciso que la sentencia se cumpla en todas sus partes. Yo he dado muerte a la delincuente. (Se descubre el rostro.) He aquí su cómplice.

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Obras que tiene existentes TEATRO POPULAR

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. * — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. * — C. Costa y J. M.ª Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12. PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
18. JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21. ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28. DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29. EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37. EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40. LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa. ¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
41. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
42. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44. AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente.
45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.

47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54 LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artís.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63 SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — E. Vidal.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65 EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67 LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN.—Baró, Salvat y Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82 ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83 ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85 EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.

Las marcadas con * están agotadas.

TEATRO POPULAR

ADMINISTRACIÓN: ARAGÓN, 386. BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. EL JOROBADO, por A. Bourgeois y Paul Febal.
2. EL CRISTO MODERNO, por José Fola Igúrbide.
3. TREINTA AÑOS O LA VIDA DE UN JUGADOR, por Ducange y Dinaux.
4. DON GIL DE LAS CALZAS VERDES, por Tirso de Molina.
5. LA CARCAJADA, por Felipe D'Ennery.
6. EMILIO ZOLA O EL PODER DEL GENIO, por José Fola Igúrbide.
7. LA TABERNA, por Emilio Zola.
8. EL MEJOR ALCALDE, EL REY, por Lope de Vega.
9. FANSOMAS O EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE, por Gervais y Musset.
10. CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR, por Calderón de la Barca.
11. EL MÉDICO DE SU HONRA, por Calderón de la Barca.
12. MIGUEL STROGOFF, por Julio Verne.
13. EL ÚLTIMO CARTUCHO, por J. Molgosa Valls.
14. CATALINA HOWARD, por A. Dumas (padre).

SEMANA PRÓXIMA:

EL LICENCIADO VIDRIERA.